

**REAFIRMACIÓN DE UN CLÁSICO OLVIDADO.
A PROPÓSITO DE UNA PUBLICACIÓN RECIENTE SOBRE
FEDERICO SCHILLER***

Nicolás Jorge Dornheim
Universidad Nacional de Cuyo

Universidad universal

Hay un acento puesto con asiduidad en boca de los portavoces de la problemática universitaria. El planteo reivindica justificadamente como prioritaria una de las funciones de la universidad, la que consiste en subrayar todo lo vinculado con el entorno inmediato: los historiadores y geógrafos avanzan en los temas específicamente regionales, la agronomía se inclina a ocuparse de la agricultura de nuestra zona semidesértica, la crítica literaria bien conoce las ventajas de la cercanía de los escritores provinciales, cuyos temas son cuyanos pero al mismo tiempo generales: la protagonista de la novela *Nadie muere del todo en Praga* (2002), escrita desde Mendoza por Susana Tampieri, descubre al consagrado prosista de lengua alemana Franz Kafka y se descubre a sí misma en un viaje iniciático a la lejana ciudad del título. “Soy otra mujer”, confiesa a su regreso a la Argentina en el capítulo final. Escribir es para ella la actividad más humana, más universal: “Qué queda de nosotros si no las palabras”. Lo regional y lo universal son pues en definitiva inseparables.

Junto a esta certeza compartida, obvia para los que trabajamos en la cotidiana amplitud de un *Instituto de Literaturas Modernas*, mucho menos se escucha reafirmar desde la tribuna universitaria esa otra misión, la que apunta hacia lo distante y exótico, a las relaciones exteriores, a lo *planetario*. Universidades son por definición y etimología, recordamos,

antenas de recepción del mundo y de difusión hacia el mundo, sin otro límite que la curiosidad intelectual que justifica tanto las expediciones arqueológicas al Asia central como la reconstrucción del tramo cuyano del Camino de los Incas. El prestigio y el calibre de una casa de estudios tienen que ver con la apertura internacional en la oferta de su investigación y enseñanza y con la asimilación fructífera de culturas, tecnología, personalidades, teorías y métodos, sin fronteras, precisamente en bien del progreso nacional y regional. De más está resumir que el académico ideal es el que combina ambas direcciones, la visión planetaria y el cultivo del propio jardín. Transferencia al y del medio tiene su necesario complemento en transferencia al y desde el mundo. O, para darle la palabra a un indiscutible maestro de la crítica literaria argentina, Angel J. Battistessa, quien en 1941 había postulado en la “Nota liminar” a la revista *Logos*, fundada por él: “Todo humanismo auténtico implica una visión de lo patrio en términos de universalidad”. Esta aseveración responde por cierto a la mejor tradición argentina. Ya en el siglo XIX, la generación romántica reclamaba “dilatarse el horizonte intelectual” (Andrés Bello) del joven país. A comienzos del XX, Carlos A. Aldao titulaba en 1907 uno de sus libros de viaje *A través del mundo*, todo un programa de apertura al planeta, de conocer y de darse a conocer en todos los continentes.

Un perfil universitario

Estas reflexiones sobre la deseable amplitud de la múltiple iniciativa universitaria afloran ante una reciente publicación editada en España. Su autor es el doctor Martín Zubiría, profesor titular de *Filosofía Antigua* y de *Metafísica* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo e investigador del CONICET. Zubiría, a mi entender, encarna ese cada vez más escaso y valioso tipo del intelectual con curiosidad universal en el espacio y en el tiempo, sin la cual no es válida una filosofía que se quiera seguir definiendo como amor al saber. Así, su afición a las letras, que lo muestra incluso como poeta original (véase p. 88 del libro aquí comentado), lo impulsa a traducir y analizar un poema de Goethe, (M. Zubiría, “Goethe y el ginkgo-biloba”, en: Dornheim; B. de Esteves; G. de Bertona Eds. *Fervor de centenarios (Goethe, Humboldt y otros estudios)*. Mendoza, UNC, 2001, pp. 201-234) desde disciplinas

tan dispares y sin embargo complementarias para Zubiría como la botánica, la filosofía antigua y moderna, el análisis literario, la métrica, la mitología, la teoría de la traducción. Nada aborrece más que el saber parcializado o sectorizado, por lo que aborda el tema estudiado desde los más diversos ángulos. Y nada más simbólico para su universalidad que el árbol a que hace referencia el poema de Goethe, sobre cuyos orígenes asiáticos se informa profusamente, aunque sea el mismo que adorna las plazas de Mendoza. Por iniciativa suya, su versión de la poesía goetheana dedicada al *gingko-biloba* se puede leer desde 1999 en nuestra plaza Italia, en una placa a los pies de tres hermosos ejemplares del exótico árbol que allí crecen. Árboles, en fin, cuyas raíces se hunden en tierra mendocina, de linaje asiático, cantados por un poeta europeo...

Federico Schiller

Un nuevo eslabón del Zubiría estudioso de la literatura (dedica a su esposa Cristina, profesora de Letras, sentidas palabras al final del prólogo) es el reciente libro dedicado a la figura de Schiller que nos ocupa. Pero, ¿quién fue Schiller?, se preguntará el lector de nuestros días, el frecuentador de librerías que ya no encuentra allí su nombre ni sus obras.

El poeta alemán Friedrich (Federico) Schiller nace en 1759 en Marbach (Suabia), en una plácida región vitivinícola. Sus comienzos literarios fluctúan entre el Iluminismo y el Prerromanticismo, sus modelos son Lessing y Rousseau. Incursiona en el género dramático con *Los bandidos* e *Intriga y amor*. En una etapa intermedia se dedica a escribir ensayos estéticos y filosóficos y a obras de historiografía. En los años '90, ya contraída la enfermedad pulmonar que lo llevará a una muerte prematura, y bajo el impulso de su amistad creadora con Goethe y Guillermo de Humboldt, publica sus grandes dramas, entre ellos *María Estuardo*, *Don Carlos*, la trilogía de *Wallenstein*, *La doncella de Orléans*, *Guillermo Tell*. Es autor de apenas dos obras de carácter narrativo, pero sí de numerosas poesías. A diferencia de Goethe, tiende a acentuar la idea, el mensaje de sus producciones, y con ello lo didáctico, lo que lo convierte en el educador literario por excelencia de la burguesía ilustrada alemana hasta mediados del siglo XX. Muere en Weimar en 1805, reconocido junto a Goethe como uno de los dos grandes poetas del período clásico alemán.

La recepción argentina de Schiller

La simplificación de cierta crítica alemana, consistente en postular que Schiller se proyectó más bien a la nación alemana y Goethe más bien hacia el extranjero, de acuerdo con la imagen de estos dos autores que había impuesto Mme. de Staël en Francia, debe ser corregida al menos para la recepción argentina.

En 1821, cuando nada se sabía de Goethe en nuestro país, el *Argos de Buenos Aires*, semanario editado por una Sociedad Literaria, critica las representaciones teatrales en el teatro Coliseo, entre ellas la de *El amor y la intriga* de Schiller. La reseña anónima aclara que la autoría es del “célebre Schiller” y que se trata de una puesta en escena “bastante repetida”. La calificación es de “un excelente drama”. Es la misma obra que Juan María Gutiérrez, el iniciador de la crítica literaria argentina, declara haber visto en su juventud “con lágrimas en los ojos”. Consecuentemente, Gutiérrez destaca en su meduloso ensayo *Fisonomía del saber español*, de 1837, “los tesoros que brillan en cada uno de los dramas de Schiller”, con lo que el autor alemán quedaba legitimado en el canon europeo del Romanticismo argentino, que privilegiaba a escritores con ideario antimonárquico en los que pudiera apoyarse la todavía débil llama republicana. Aún más explícito es Esteban Echeverría en su carta a su amigo suizo Stapfer, de junio de 1827. En idioma francés -estaba en ese momento radicado en París- el argentino recuerda sus lecturas de Schiller, en especial la que tiene por protagonista a la “hija del músico”, en obvia referencia a la misma obra que el teatro Coliseo tenía en su repertorio.

Si el siglo XIX centraba su atención en la obra dramática, el XX parece rescatar más bien los ensayos y la lírica. Como muestra baste el ensayo bibliográfico de Abel Posse *Biblioteca esencial*, (Buenos Aires, Emecé, 1991), que condena sus obras de teatro a integrar la lista de los “cadáveres prestigiosos”, porque “los *dramas* de Schiller nos resultan ya superados, lejanos, casi insoportables y pesadísimos”. Por el contrario, rescata, como pertenecientes a un “gran momento de la *lírica y del pensamiento creativo* alemán, los nombres de Schiller y Lessing.

Estudios sobre Schiller

Los especialistas en literatura alemana de la Argentina han ido acompañando, en un marco por cierto más reducido, las investigaciones germanísticas europeas. El momento culminante fue sin duda el homenaje que la Universidad de Buenos Aires rindió al poeta en 1955 con el “Número especial dedicado a Federico Schiller” de la revista *Estudios Germánicos*. Es el mismo año del sesquicentenario de la muerte de Schiller en el que, del otro lado del Atlántico, Thomas Mann había leído su “Ensayo sobre Schiller” (“Versuch über Schiller”). Las publicaciones schillerianas argentinas no se detienen del todo en las últimas décadas. En su libro *Temas de literatura alemana* (Córdoba, Alción Editora), de 1999, el germanista cordobés Oscar Caeiro había incluido también un capítulo sobre la trilogía dramática *Wallenstein* (pp. 249-259) del poeta suabo.

Hay que reconocer, sin embargo, que los aportes más recientes en el ámbito hispánico se han ido desplazando más y más hacia las más abundantes posibilidades editoriales de España. Así por ejemplo, la catedrática de la UNBA Regula Rohland de Langbehn da a conocer en el 2000 su edición anotada de los *Ensayos sobre arte y literatura* de Goethe en una revista de la Universidad de Málaga (*Analecta Malacitana*. Anejo XXIX, 2000). La antología se extiende al ensayo “Sobre poesía épica y dramática”, que Goethe había escrito conjuntamente con Schiller (pp. 129-132). Y es la editorial madrileña Hiperión la que acoge esa otra selección de textos, esta vez de y sobre Schiller, la de Martín Zubiría, que paso a comentar a continuación.

1. J. W. Goethe. “Cómo comenzó mi relación con Schiller”

Después de una breve pero emotiva “Introducción” al libro, en la que incursiona en la problemática de la recepción e invita a la lectura de los tres textos sobre Schiller propuestos, que ordena cronológicamente, para “acercarse por primera vez a la obra y a la personalidad de un gran poeta de renombre universal”, Martín Zubiría nos regala una primera muestra de su traducir a la vez empático y cuidadoso con la versión de la célebre página autobiográfica de Goethe “Cómo comenzó mi relación con Schiller”. Con razón destaca Thomas Mann en el ensayo más arriba mencionado que la amistad con Goethe es el “capítulo central” de la biografía

de Schiller. Una nota introductoria de Zubiría a este texto clave del Clasicismo alemán hubiera aclarado sin duda que se trata de una de las tantas continuaciones de la autobiografía *Poesía y verdad*, publicada en su mayor parte por Goethe entre 1811 y 1814. Una primera versión del ensayo, algo distinta, es de 1817, y tiene el título “Acontecimiento feliz”, la segunda versión, que es la que reproduce Zubiría, fue dada a conocer en forma póstuma, es decir después de 1832. El primer encuentro personal de los dos poetas, núcleo del texto, se había producido en la ciudad de Jena en julio de 1794. Entre las figuras que giran alrededor de esa constelación central ya está Guillermo de Humboldt, autor del segundo documento en el libro de Zubiría, lo que evidencia una vez más hasta qué punto el Clasicismo alemán es obra de unos pocos nombres que se apoyan y alientan entre sí. Como obra complementaria argentina recomiendo el hermoso libro de Rafael Alberto Arrieta, *Goethe y Schiller. La amistad entre dos genios. Su correspondencia* (Buenos Aires, 1946), que traduce al castellano el epistolario entre ambos y muestra cómo funcionó en detalle la colaboración literaria. En una de las cartas, Goethe reconoce que su amigo diez años más joven había logrado en una misiva anterior trazar la “suma de mi existencia”. En suma: nunca se dijo tanto, en tan pocas páginas, sobre el corazón latiente de una época de esplendor literario como en esta breve semblanza autobiográfica que, con olfato por lo rescatable, Zubiría actualiza para nosotros.

El libro que aquí comentamos resulta ser precisamente un homenaje al Clasicismo alemán, que se suele fechar entre 1786, año del primer viaje de Goethe a Italia, y 1805, el de la muerte prematura de Schiller, cuando ya los impulsos imparables del Romanticismo alemán echaban abajo todos los diques de contención. El Clasicismo (o mejor Período Clásico, para no confundirlo con el Clasicismo francés del siglo XVII) enarbola, como es sabido, ideas-fuerza como el equilibrio, la madurez, la síntesis, la totalidad, la unidad. Su optimismo filosófico acepta la factibilidad de la formación integral del hombre, la armonía entre individuo y sociedad, la educación a través de lo estético. En conmovedor final, Mann concluye su homenaje a Schiller de 1955 con las siguientes palabras: con esta fiesta de homenaje quede entre nosotros “su voluntad hacia lo bueno, bello y verdadero, las buenas costumbres, la libertad interior, el arte, el amor, la paz, hacia el salvador respeto del hombre por sí mismo”

[traducción mía]. Y ya se sabe que el Clasicismo, como nuestra siempre convulsionada actualidad, no ha sido un período de gratuita mansedumbre. La Revolución Francesa y las interminables guerras de coalición en la antesala del imperialismo napoleónico exigieron de los escritores una toma de posición que consistió en ese momento precisamente en la búsqueda de valores redentores, de una idea de humanidad que Schiller logró destilar por añadidura a contrapelo de una cruel enfermedad pulmonar que lo asedió en sus mejores años de producción. ¿Llegará para nuestras letras actuales también el momento de esa puesta en marcha de la vuelta a los valores, a las “Tres palabras de la fe” (libertad, virtud, Dios), como reza el título de un poema de Schiller?

2. Guillermo de Humboldt. “Sobre Schiller y el curso de su desarrollo espiritual”

Nadie más adecuado que el hermano mayor del gran geógrafo Alejandro de Humboldt para intentar en 1830 una semblanza completa de la personalidad de Schiller, y que Zubiría traduce en segundo lugar con su habitual pericia. Humboldt lo había conocido también en 1794, ya que dos días después del crucial encuentro con Goethe en Jena, invita a cenar a su casa a ambos escritores. En su “Noticia preliminar” (pp. 27-29) al ensayo de Humboldt, Zubiría reproduce la apreciación de Carolina von Wolzogen, cuñada de Schiller, en cuanto al “imperio de la idea en toda la existencia” del vate suabo, y a su convicción de que Humboldt analiza justificadamente “su filosofía y su fantasía poética, para vincularlas luego entre sí”. Lo confirma Humboldt al destacar que Schiller “exigía de la poesía una profunda participación del pensamiento y la subordinaba con rigor a una unidad espiritual” (p. 34), lo que significa una invaluable ilustración de los objetivos del Clasicismo alemán en su inflexión schilleriana. En esta dinámica articuladora de filosofía y poesía reside precisamente la afinidad del traductor mendocino con la personalidad de Schiller, quien en su actividad profesional hace también hincapié en un abordaje unitario y totalizador de la actividad humana. Se cumple así la premisa de toda “crítica amorosa” (H. Hesse. “Kritik der Liebe”): trabajar sobre autores y temas que respondan a las más profundas convicciones personales del estudioso, premisa que un crítico español, Guillermo de Torre, había puesto en 1925 en palabras así: “La crítica [...] ha de ser

esencialmente afirmativa [...] la crítica identificada amorosamente con su sujeto, puede elevarse, desde su primitiva zona especuladora, a un plano de creación” (en: *Literaturas europeas de vanguardia*). Nada place más al profesor mendocino que la conclusión de Humboldt en cuanto a que Schiller “busca la poesía y la filosofía a la vez; no quiere separarlas, sino que aspira a religarlas” (p. 50).

3. Jacob Burckhardt. “Discurso conmemorativo en el centenario del nacimiento de Schiller”

El tercer texto en prosa vertido por el recopilador al castellano es un discurso pronunciado en 1859 por el gran historiador suizo, conocido todavía entre nosotros por su clásica *Cultura del Renacimiento en Italia*. Está claro, por mis menciones anteriores, que yo hubiera preferido encontrar en el libro el enjundioso ensayo conmemorativo de Thomas Mann de 1955, que habrá quedado descartado por cierto ya por su extensión, por lo que hubiera debido ser ofrecido fragmentariamente. Por otro lado, la unidad de la selección reside en que se trata de tres obras correspondientes al siglo XIX, publicadas con el mejor criterio en forma completa. Lo más rescatable en Burckhardt es que se abre, ya en la segunda mitad de esa centuria, a la recepción internacional de Schiller, visible “en la australiana Melbourne o en Valparaíso”. Como ciudadano helvético, le interesa a Burckhardt extraer de la producción dramática a *Guillermo Tell*, héroe nacional del país alpino, “el supremo regalo de Alemania a Suiza” (p. 91).

4. Breve antología lírica

En último lugar, el libro aquí comentado incluye una selección bilingüe de poemas de Schiller, selección prologada (pp. 95-98), lo que permite al traductor demostrar su versación, hoy ya tan rara entre nosotros, en cuestiones de métrica latina, alemana y castellana, sin la cual no es posible rendir cuenta de los criterios de la castellanización. Entre otras poesías, la antología recoge su himno “A la alegría”, conocido por su utilización parcial para el movimiento final de la Novena Sinfonía de Beethoven; la insuperable, bellísima traducción rítmica de “El paseo”; la conmovedora “Nenia” con su sobrecogedora resignación inicial “Tam-

bién lo bello debe morir...”; un ejemplo de las baladas como “Las grullas de Íbico” y sobre todo la “Canción de la campana” de 1800, esa síntesis de la lírica de Schiller y de la estética clásica alemana. Thomas Mann no olvida por su parte citar el aprecio que Guillermo de Humboldt sentía por este poema, pasaje que también le corresponde traducir a Zubiría: “No conozco en lengua alguna un poema que, en una extensión tan breve, abra un círculo poético tan vasto, que recorra la escala de las más profundas emociones humanas”. La popularidad de esta poesía era tan grande que los escolares alemanes la tenían que saber (cuántas veces a regañadientes) de memoria (como otro *Martín Fierro*, muchos de sus versos pasaron a engrosar la lista de proverbios en idioma alemán). Tan sólo “la noche actual de la deformación y de la desmemoria”, como dice Mann en 1955, va desdibujando el recuerdo vivo de esta obra maestra. La campana es todo un símbolo de la visión clásica del mundo en el ámbito de lo literario, hoy tan olvidada: “Sólo para lo eterno, sólo para lo grave / su metálica boca se consagre”. Es en resumen el mérito de este reciente libro mendocino de Martín Zubiría recordarnos con maestría profesional de primerísimo nivel, con una solidez y riqueza en el dominio del idioma castellano del que nos estamos olvidando, esa consagración schilleriana a lo eterno y grave como misión de la poesía en tiempos en que urge volver a los valores.

NOTAS

* Johann Wolfgang von Goethe, Wilhelm von Humboldt, Jacob Burckhardt. *Escritos sobre Schiller seguidos de una breve antología lírica*. Selección, traducción, introducción y notas de Martín Zubiría. Madrid, Ediciones Hiperión, 2004, 218 p.